



www.loqueleo.com/ec

© 2019, María Alejandra Almeida

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-358-4

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2019

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Mauricio Montenegro

Ilustración: Guido Chaves

Corrección de estilo: Nadya Durango

Diagramación: Sandra Corrales H.

Autoría de actividades: Josefina Jarrín

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Una melodía para Lu

María Alejandra Almeida



loqueleg

Lluvia

9

La tarde era fría y las negras nubes que cubrían el cielo presagiaban la primera lluvia de la semana. Con un suspiro, me acerqué a la ventana de mi habitación y miré al cielo descolorido e inalcanzable. El clima acompañaba perfectamente mi humor.

Toc, toc, toc.

Los suaves golpes en la puerta hicieron que regresara a la realidad.

—¿Lu? —preguntó mi mamá, mientras entraba en el cuarto con una sonrisa—. ¿Lista para mañana?

—Sí —respondí sin emoción.

Los labios de mi madre temblaron por un segundo y luego se ampliaron, mostrándome nuevamente una expresión alegre.

—No debes estar nerviosa, todo va a ir bien. De seguro harás nuevos amigos.

La mención de la palabra *amigos* hizo que mi corazón se estrujara. Para mí era imposible hacer amigos. Peor aún, hacer nuevos amigos, porque no había tenido ninguno en el pasado, ninguno en mis once años.

—Sí, mami. De seguro que sí —dije para tranquilizarla.

10 Ella se acercó y me estrechó contra sí. Yo respondí de la única manera que podía: colocando mi brazo derecho sobre su espalda, mientras mamá me acunaba con dulzura entre los suyos. Me pregunté cómo se sentiría rodear a alguien con ambos brazos.

—Este colegio no será como el anterior, Lu —me dijo al oído—. Tu padre y yo hablamos con la directora y ella nos aseguró que todo estará bien.

—No quiero que nadie se burle de mí.

—Ya te lo dije. Todo va a estar bien.

Tras esas palabras, descubrí que una pequeña esperanza empezaba a formarse en mi corazón. Mi madre se percató de ello y me llenó de besos. Luego se marchó, sin dejar de sonreír.

Cerré las cortinas de la ventana y eché un último vistazo al exterior: las gotas de lluvia

habían comenzado a caer y ya se escuchaba su golpeteo en el tejado. Me pregunté si en el lugar en el que se encontraba papá estaría lloviendo. Había tenido que viajar a la capital por trabajo y no regresaría en un par de días. Era ingeniero y estaba en plena construcción de un nuevo edificio. Trabajaba junto a mi tío Julián, que era arquitecto. Juntos hacían un gran equipo.

11

Mi tío vivía en la capital y tenía dos hijos mayores que yo, por tres y dos años. No nos llevábamos muy bien. Jorge y Rodrigo nunca me ignoraban, pero siempre he tenido la impresión de que ambos sienten un rechazo muy bien disimulado hacia mí. Creo que les hubiera agradado más si tuviese... ambos brazos.

Las dos palabras resonaron en mi mente como un rayo. Miré mi mano derecha justo frente a mi rostro. Mi mano y brazo izquierdos no se habían formado bien durante el embarazo de mi madre (o eso explicaba el médico) y había nacido sin ellos. Más allá de eso, estaba completamente sana.

El médico y mis padres repetían una y otra vez que debía dar gracias por tener el brazo derecho, ya que muchos otros niños nacen sin brazos e, incluso, sin piernas. Mi caso había



sido sencillo, si lo poníamos de esa manera. Yo podía escribir, pintar, dibujar y sostener cualquier cosa. Era una muchachita muy afortunada.

Pero el resto de chicos, los que tenían ambos brazos, eran miles de veces más afortunados y aquella escuela a la que iría a partir de mañana estaba repleta de ellos.

Esa noche dormí pensando en la palabra *amigo*. Era una palabra normal, pero a mí me sonaba extrañamente encantadora.